

Los Pergaminos de Kugen.

Página 2

*¹En esta quimera que es caminar por un país ilusorio,
sin divisar el rastro que puedo haber dejado,
el cucú de un cuclillo me hace señas para que regrese a casa.*

He huido. Los dioses siguen estando de mi lado. Solo así se explica que haya podido volver a Nihon... y que lo haya visto. Por Gautama... mi mano aún tiembla al escribir estas líneas. He atisbado a ver una forma surgir de la no existencia, de la misma vacuidad absoluta... y ahora solo puedo pensar en los Trazos Esenciales.

Atago me ha devuelto la calma que hace años perdí cuando partí a China, como invitado de los Monjes del Tao Wu. La brisa de verano es aquí algo más seca y las noches, ligeramente más frescas. Pienso que este cambio, se debe a la ausencia del majestuoso lago Biwa y a sus noches húmedas. Aunque también pienso que mi amor por la montaña en la que crecí me engaña, que no hay diferencia, y que tan solo añoro el Monte Hiei, sus reflejos sobre el lago y el canto del cuclillo. Hoy he escuchado el *tsuku tsuku boshi* anunciar el fin del verano, cuando he subido a la cumbre para contemplar el Monte Hiei. Se erguía a lo lejos, entre el sinuoso cauce del río Katsura y la bruma del atardecer. La nostalgia me ha sorprendido como la inesperada llegada del otoño. No puedo volver a Hiei porque los monjes chinos, me buscarán en el Templo Enryaku-ji. Es el primer lugar donde tratarán de dar conmigo.

He de quedarme aquí. Debo seguir meditando. Intentándolo. La respuesta se encuentra en el vacío. En la nada. Más allá del velo que nubla mi mente con pensamientos y emociones.

La meditación de los monjes del Tao Wu es vana para sus propósitos pero son tan engreídos como para seguir intentándolo, durante milenios, antes de aceptar que de ese modo, no conseguirán ver ningún trazo esencial.

Cansado de sus disciplinas, ignoré sus instrucciones durante el quinto mes de mi segundo año, de mi estancia en el Templo de Sung, en la colinas de Chang'an y abstraído, me concentré en una hoja rota que se mecía delante mío. Estaba triste porque nada de aquel paisaje se asemejaba a Yamashiro, pero la hoja me pareció de una belleza extrema en su imperfección, y en ese instante, me sentí liberado y ligero. Vi la hoja y en algún momento, fui la hoja. Después... no había nada. Ni templo, ni hoja, ni monjes, ni el que observaba. Fue entonces, cuando ante el ojo de mi mente, vi surgir una gruesa línea, densa como una mancha de tinta negra en un papel. Tuve la certeza de que siempre había estado ahí pero que en ese

momento, se revelaba sólo porque había alguien que por fin la miraba. Me sentí privilegiado y hechizado ante sus formas. Luché por no valorar, por no ser, por no tratar de alcanzarla porque sabía que la línea, el trazo, se diluiría y había algo que tan apenas empezaba a mostrarse ante mí, dentro de mí, pero a la vez, en el mundo, a través de mí. He reconocer que fallé a mi entrenamiento y la excitación se apoderó de mi voluntad, perdí la concentración: el trazo empezó a desvanecerse como la tinta escrita en una hoja de papel hundiéndose en el agua; dio un último giro, como un koi saltando en un estanque y se curvó sobre sí antes de abandonar mi mente. En ese momento, supe que aquellos trazos eran algo vivo, y que yo había sido, indudablemente, testigo de algo divino.

Luego volvía a ver la hoja, desdibujada y borrosa ante las colinas de Chang'an. Me levanté y oculté mis lágrimas con la manga de lino. Eludí a los monjes y me encerré en la pieza que utilizaban para el ganado. A escondidas, escribí lo que había visto porque temía que años más tarde, yo mismo creyera que fue tan solo un sueño, una vigilia ilusa entre meditaciones.

Hay un cuclillo cerca de mi choza, me imagino que viene de Hiei. Alguien diría que con su canto se lamenta de que no haya vuelto a ver otro trazo, pero yo pienso que se lamenta de que perdiera la hoja donde relaté lo que vi y que, en el fondo, canta mi fin.

Las Estrellas Como Almohada

1. El Silencio de Kurama

Con el regusto áspero y punzante del miedo en la garganta, Qiang volvió a buscar, desesperado, en el claro del bosque. Apartó el fardo de tela sobre el que habían dormido con una patada y cogió la capa bajo la que se habían protegido del frío de la montaña. La sacudió con un arranque de ira y la lanzó a un lado. Dónde estaba. Dónde podía estar. Se preguntó el Monje de la Ira. Levantó la estera de viaje con un gruñido y miró debajo, entre los helechos secos, como si su hija de cinco años pudiera esconderse allí. Pero la otra posibilidad, la otra opción, era paralizante.

Dónde estás, Suyin.

—¿Dónde estás! —gritó.

Pisó las ascuas moribundas que se consumían como la noche, y gritó al cielo morado, maldiciendo a la montaña que se había tragado a su hija.

El amanecer de Kurama tuvo la desfachatez de devolverle puro y calmo silencio.

Qiang Chen dio dos pasos vacilantes sobre la loma, resbaló y cayó de bruces sobre la tierra húmeda. Se quedó unos segundos con la mejilla hundida entre hierbajos. Tenía que calmarse. Tenía que hacerlo antes de que perdiera la poca cordura que le quedaba, porque si no, tanto él como Suyin estarían perdidos. Se levantó y miró ansioso, a su alrededor, entre los troncos negruzcos y el follaje invernal.

Dónde podía haber ido. ¿Cómo podía haber desaparecido de aquella manera? ¿Por qué ni siquiera la oía llorar? La vaga idea de que Suyin se hubiera despertado en mitad de la noche, y se hubiera puesto a andar hacia la espesura... Significaría entonces que podría estar muy lejos. En cualquier lugar de Kurama.

Cálmate, monje estúpido. Se reprendió. *Si te vieran en Chang'an.* Si lo vieran en esas condiciones, le quitarían el nombre y lo echarían del Templo. Sería la vergüenza de la Orden. Debía calmarse. Había algo que podía hacer, pero no lo conseguiría en aquel estado.

Qiang se detuvo; sacudió su túnica naranja, aseguró sus pantalones marrones con el cordel en la pantorrilla y se colocó el fardo con los pergaminos a un lado. Palmeó el contenido del interior, asegurándose que estaban debajo de la tela. Los pergaminos eran el motivo por el que había acabado en aquel país insufrible y debía terminar su misión. Pero antes tenía que recuperar a su hija. Inspiró hondo y expulsó el aire de los pulmones.

Si había algo que podía hacer un Monje de la Ira era recuperar el control de sí mismo. Se concentró en las enseñanzas del Tao Wu.

La gravedad es el origen de la ligereza

La Calma, la dueña de la agitación.

Le costó diez respiraciones ralentizar el latido de su corazón. Respiró una undécima vez bajo la llovizna, y solo entonces, intentó empezar a captar señales entre la espesura.

La lluvia golpeaba las hojas de los árboles y la vegetación a su alrededor. No había viento. Bien. Eso tenía que facilitarle las cosas. Agudizó el oído a la espera de un crujido. Algo se resquebrajaría pronto, algo lo guiaría y él podría seguir la pista de Suyin.

Escuchó a la montaña.

Hubo un crack a su derecha. Pero parecía haber sido provocado por un animal. Qiang dio dos pasos laterales, arrastrando las sandalias sobre la tierra, hasta el cedro más cercano. Tenía que probarlo. Posó una mano sobre el tronco rojizo y esperó.

Nada.

Ni un eco de sus propios pensamientos.

Desconcertado, el monje alcanzó el siguiente cedro. Aquel parecía más joven. Ese árbol le diría algo. Deslizó su mano, de arriba abajo, acariciando las estrías horizontales del tronco. Detuvo su mano en el hueco de una de las hendiduras. Bajo la madera viva solo sintió un movimiento silencioso. Como una arboleda lejana meciéndose al viento. Estaba vivo, pero mudo. Era como si alguien estuviera llamando a la Madera.

Qiang posó, uno tras otro, la mano frenéticamente en los árboles que encontró a su paso, pero la Madera solo le devolvía silencio.

No, los árboles no estaban en silencio, era como si alguien estuviera llamando a la montaña entera. La montaña estaba muda.

El atardecer se cernía sobre Kurama y Qiang Chen se sentó a llorar bajo un pino inmutable, como los árboles que había palpado aquel día. De todos los fustes que había acariciado en su vida, los pinos siempre habían sido los más claros para él. Su crujido tenía una elegancia, una rotura sutil que no poseía ningún otro árbol. Su madera se rajaba del mismo modo que el agua fluía por un riachuelo. Incluso muertos, el lejano chasquido de su Madera era fresco y decidido.

Por lo menos, así le había parecido a él desde que los había oído por primera vez.

Pero ahora nada, se lamentó con un sollozo ahogado. Nada. ¿Cómo podía la naturaleza haberle abandonado cuando más la necesitaba?

No volvería jamás con Tomoko ni con Yun. No podía volver a su familia sin su hija. ¿Cómo había terminado de aquella manera?

Qiang pensó en sus padres y en sus hermanos, en su modesta casita en las cordilleras escarpadas de Xian. Todavía podía acordarse del niño que fue, el que había acudido al Templo Oculto de Sung y había permanecido de pie doce días y doce noches delante de la gran Puerta del Tigre hasta que sus garras se abrieron, y él se arrastró al interior, desfallecido, pero orgulloso.

No había sido fácil ni uno solo de los días que había pasado allí dentro. Pero todos, sin excepción, le habían enseñado algo. Qiang se acarició la cabeza despejada e impoluta, excepto por el tatuaje que ocupaba gran parte de ella. Sentía la habitual molestia permanente bajo su cráneo. Recordó con orgullo el día que le dibujaron la palabra en la cabeza. La que lo distinguía como un Monje del Tao Wu, aunque la gente los había acabado llamando los

Monjes de la Ira, confundiendo el Trazo Esencial por la palabra Ira. No podía culparles. El pueblo llano no sabía ni de la existencia de los Trazos Esenciales. Esas palabras eran demasiado importantes para que cualquiera las supiera. Eran sagradas y nadie excepto ellos debían conocerlas. Era su obligación que no cayeran en las manos inadecuadas como había pasado con ese tal Kugen. ¿Cómo habían podido dejar los monjes de su orden, hacía trescientos años, que alguien descubriera su secreto y se marchara con él?

Por culpa de eso, había acabado lejos de China, en esa isla infecta en busca de los pergaminos. Qiang suspiró. Giró un brazo hacia atrás para acariciar el tronco del pino, buscando alivio en un acto inconsciente.

Una pulsación lejana se emitió desde el fondo de la tierra, desde una vieja raíz hasta su mano. Pero Qiang había perdido la concentración y la señal murió, disolviéndose antes de que pudiera percibirla.

Si era sincero consigo mismo, la isla había dejado de ser infecta el día que conoció a los Buscadores: Reiko y Echizen, y luego a Tomoko y a Yun. Después, llegó Suyin y lo acabó de cambiar todo. Su hija había hecho que acabaran cayendo las barreras, que amara aquella tierra y se sintiera en casa, lejos de su hogar. Jamás hubiera pensado que eso podría pasarle a él.

De nuevo hubo otra vibración y esta vez, Qiang la captó. El pino crepitó por dentro como unos fuegos artificiales lejanos y se puso de pie de un salto. Algo se acercaba.

Un sonido a su izquierda entre la maleza le alertó. Se giró hacia el ruido en posición de defensa. Algo se acercaba entre la maleza. Algo grande que caminaba con zancadas y apartaba los árboles. Aquel algo le habló:

—Nunca pude dominar el Primer Arte del Tao Wu durante mi estancia en Chang'an. Pero sabes, eso da igual ya, porque esta montaña: su Fuego, su Agua, su Tierra, su Madera y su Metal, me obedecen a mí.

Qiang dio un paso hacia atrás. *¿Su estancia en Chang'an?* Lo que le hablaba era una gran ave de plumas rojas y negras. Tan alta como dos hombres y medio, con un pico alargado y amenazante.

Lo que le hablaba era lo que había venido a buscar.

Qiang ahogó un grito cuando vio lo que llevaba el Sojobero entre una de sus alas.

—¡Suyin! —chilló cuando la voz acudió a su garganta.

—¿Ya has tenido suficiente, Monje de la Ira? —dijo el dios de la montaña poniendo su otra ala entre los dos a modo de barrera.

El monje se detuvo en seco. No por el ala que había interpuesto entre los dos. Se había detenido por la voz. Había sido diferente ahora. Un timbre antiguo y rasgado como un graznido húmedo. Enfermo.

En ese momento, Qiang entendió por qué los árboles habían estado callados. No solamente el dios dominaba la montaña y tenía poder sobre ella. Todo lo que había allí temía esa voz.

—Si has llegado hasta mí, significa que has encontrado lo que escribí. —El Sojobo dejó a Suyin, sobre un manto de musgo y caminó hacia el monje, aplastando la hojarasca a su paso. —Porque ninguno de vosotros, monjes estúpidos, sois capaces de descubrir un solo trazo esencial. Ni siquiera eso que lleváis en la cabeza lo es.

Qiang luchó por no retroceder ante la criatura. Echó un rápido vistazo a Suyin y la vio dormir profundamente. La criatura continuó hablando:

—Lo que llevas en el fardo es mío.

Qiang vaciló por un momento. ¿El fardo?, ¿los pergaminos? Por qué el dios-demonio seguía hablando como si conociera a su Orden.

El Sojobo hizo un gesto con el ala para que se lo diera. Qiang, confuso, pero sin intención de pelear con él hasta que Suyin no estuviera a salvo, lo lanzó a su pies. Parte del contenido se esparció por el suelo. El Sojobo levantó una de sus patas y sacudió el fardo con las garras. Los pergaminos que habían quedado dentro se diseminaron sobre la tierra. El Sojobo pareció sonreír bajo el pico, pero su risa se tornó una mueca cuando después de unos instantes sacudiendo el fardo, constató que ya no quedaba nada más en él.

—Dónde está el pincel —preguntó el dios levantando el pico, lentamente, y clavando sus ojos de ave en él.

Qiang vaciló. No podía ser que lo supiera.

—Qué pincel.

El Sojobo emitió un chillido que resonó como si Kurama fuera una vasija enorme y ellos estuvieran en el centro justo. Qiang se estremeció.

—Mi paciencia no es ilimitada. El fude verde —insistió el dios—. El pincel que yo empecé a construir.

—No-no tengo nada más que pergaminos —respondió Qiang—. Los pergaminos de Kugen hablan de las tres plumas sagradas y vine aquí a por una de ellas.

El Sojobo rio y su risa sonó como una bandada de cuervos volando bajo, en todas direcciones. Pero entonces, Qiang se dio cuenta de que en verdad, había algo sobrevolando su cabeza, pero no eran aves comunes, eran demonios: los tengus.

Las criaturas se posaron sobre las copas de los árboles cercanos y graznaron de forma caótica, mirándole. Suyin se despertó y comenzó a llorar.

Qiang hizo un ademán de ir a por ella, pero el Sojobo se lo impidió.

—Te miro, Monje de la Ira y no puedo discernir si eres realmente estúpido, un engreído o un iluso. Imagino que las tres cosas a la vez.

Qiang se mordió la lengua. El que estaba acabando con su paciencia era él. El maldito Sojobo, qué tendría que ver con los pergaminos de Kugen.

—No sabíais nada hace trescientos años y no lo sabéis ahora.

Para sorpresa de Qiang, el Sojobo empezó a temblar. Sus plumas pasaron de mecerse con la brisa, a moverse con las convulsiones del cuerpo del ave. Ante sus ojos, el dios empezó a cambiar su plumaje por piel y su estatura menguó hasta aproximarse a la suya. El Sojobo era ahora un viejo delgado de mirada demoníaca. Su piel era casi translúcida y tirante. Una piel de un viejo, casi cadavérico. Qiang sintió todo su cuerpo sobrecogerse ante aquella criatura. Temía por él, pero lo que más temía era que eso estuviera cerca de su hija.

Para su horror, el Sojobo humano se giró y cogió a Suyin con sus dedos huesudos y nervados. La niña sollozaba en silencio, asustada.

—Déjala —le ordenó Qiang.

El hombre sonrió y Qiang sintió su piel erizarse.

—No puedes darme órdenes.

Qiang arrastró levemente un pie hacia adelante. Si tenía que luchar contra un dios, lo haría. Había luchado con todo tipo de criaturas allá en China. Kugen rio y los tengus lo imitaron. El bosque se sumergió en un coro de graznidos histéricos, discordantes.

—Podría dejar que me vencieras, y por fin, yo podría salir de esta maldita montaña. Pero no hay honor en tí, no hay honor en ninguno de vosotros. Y no puedo cederle el lugar a una rata china como tú. Los dioses lo saben y por eso jamás habéis visto ni uno de los Trazos Esenciales. En cambio, yo vi cientos de ellos.

Kugen calló y Qiang vio con horror cómo bajaba la manga del pequeño kimono de Suyin. Los tengus también callaron al unísono. El Monje de la Ira estuvo a punto de romper el silencio con un grito, pero entonces vio una marca oscura en el hombro de su hija. Miró a aquel hombre que había surgido del Sojobo, confuso y asustado.

—Yo fui tú hace trescientos años. Yo vine a por la pluma del Sojobo. Lo vencí y me convertí en él. Yo soy Kugen.

Qiang trató de entender lo que le decía aquel viejo de piel blanquecina. Si se lo hubieran contado, no lo hubiera creído pero lo había visto transformarse delante de sus ojos. Había

visto al Sojobo y después... a Kugen. Tenía que ser él porque parecía saberlo todo y porque... había escrito algo en el hombro de Suyin. Miró con terror las marcas negras dibujadas en su piel. Parecía un sinograma pero no lo era. Se tocó la cabeza allí donde tenía escrito su Trazo Esencial palpitante.

Kugen negó con la cabeza.

—Te repito —dijo con un tono cargado de desprecio—, que eso que tienes escrito no es lo que crees. Se le acerca, pero, lamentablemente para vosotros, no lo es. Y lo vais a pagar caro. En cambio, como bien has observado, esto sí es un Trazo Esencial.

Kugen señaló el hombro de Suyin. La niña miraba a su captor con sus ojos negros muy abiertos. Ya no lloraba.

—No me fio de ti, monje del Tao Wu porque entre todas las cosas que sois, la más vergonzosa es vuestra falta de honor. No hay honor en vuestra búsqueda. Solo engreimiento. No sois dignos de saber esos Trazos y no contentos con eso, has descubierto que existe el Enso gracias a mis diarios y crees que conseguirás las plumas y podrás dibujarlo.

Kugen rio. Esta vez la risa siguió una convulsión y todo el bosque enmudeció. Los tengu gimieron en lo alto de los árboles. Kugen puso a Suyin en el suelo antes de empezar a transformarse. La niña corrió hasta su padre y Qiang la cogió. El Sojobo se manifestó de nuevo, delante de él. Sus plumas sufrían pequeños estertores aún mientras comenzó a hablar:

—Creí que vendrías con mi pincel, mi fude verde, pero veo que no lo habéis encontrado. Porque si no, jamás, te hubieras separado de él. Ese fue el único error que cometí. Pero sabes de su existencia y veo en tus ojos que volverás a por una de mis plumas. Pero ya no lo harás —dijo encorvándose hacia Qiang y Suyin. Su voz se volvió melodiosa—, porque si vuelves a Kurama, tú hija dejará esta existencia para siempre y será mía.

Qiang miró a Suyin. Había dejado de pesar en sus brazos. La observó y le pareció que se estaba desvaneciendo.

—Si te vas de esta montaña, tu hija estará bien para siempre. Aunque yo de ti, no tardaría mucho. Los Trazos Esenciales son caprichosos a veces. Si ella vuelve por aquí algún día, se transformará en un espíritu que es exactamente lo que lleva en el hombro.

Qiang miró a Suyin horrorizado. Quería matar al Sojobo, a esa criatura sin honor, pero si lo hacía, terminaría como él y qué sería de Suyin. Por qué la había traído ahí, se preguntó, pero conocía la respuesta. Porque no confiaba en la Orden. Desde que había empezado a leer los manuscritos y entendido el poder que tendrían los Trazos Esenciales, había empezado a pensar que quizás, lo mejor que le podía pasar al mundo no era que ellos tuvieran esos

manuscritos. Y ya no temía solo por él, sino también por su hija de cinco años. Había preferido llevársela con él. Su alto nivel de confianza en sí mismo, lo había llevado hasta ahí.

—Encárgate de que ninguno de tus compañeros de la Orden sepa jamás lo que esconden esos pergaminos. Las hojas de mi diario que no has traído, Chen.

El Sojobo destrozó con sus patas los que se habían esparcido por el suelo. Sus propios manuscritos. Por suerte, no los había traído todos. Solo los que elucubraban sobre la pluma del Sojobo y sobre cómo y dónde encontrarlo.

Qiang echó una última mirada al Sojobo. Majestuoso, satisfecho, con sus plumas rojas moviéndose con la brisa que corría entre los cedros, pinos y árboles de alcanfor de Kurama. Se sintió empequeñecido por segunda vez desde que había llegado a aquel país. La primera fue cuando había nacido Suyin.

Oyó un sinfín de crepitaciones, roturas internas en los troncos, rasgados intermitentes de madera, como si la montaña hubiera despertado de golpe y se despezara. No había hecho falta posar la mano sobre los árboles. El mensaje era claro.

Se dio la vuelta y echó a correr con un peso vacío entre sus brazos.

Solo cuando llegó a la falda del Monte Atago se permitió echar otra mirada a Suyin. Con un nudo en la garganta, constató que seguía bien, y respiró aliviado. Había mantenido la entereza durante todo el camino de vuelta, pero se estaba viniendo abajo. *Solo un poco más*, se dijo Qiang.

Se adentró en el camino que subía la montaña. Tomó el más agreste, pero también era el más corto. Recordó la otra vez que había mirado a Suyin, había sido a los pies de Kurama, cuando había atravesado el arco Nio-mon. Ante sus ojos, la niña había comenzado a tomar un color rosado y ganar consistencia, hasta que sintió el habitual peso de Suyin en sus brazos. Qiang inspiró entrecortadamente y siguió subiendo por el camino que llevaba a su casa. Algunos troncos hacían de escalones, pero la mayor parte del sendero era de tierra despejada. Llegó a Tsukinowadera con las primeras luces del amanecer.

Tomoko abrió la puerta antes de que él pudiera llamarla. Apareció con su rostro pálido y sereno lleno de certeza. Su mujer no sabía nada del Primer Arte pero conseguía percibirlo de una forma que no lograba entender. Por eso había caído rendido a ella cuando la conoció. Por eso, por su hermosura y su certeza.

Su mujer sonrió con una emoción contenida, que solo había visto en las mujeres de Nihon. La sonrisa fue fugaz ante el rostro contrito de Qiang. El pequeño Yun acudió corriendo y se detuvo también en el umbral. Callado y extrañado. Era un chico listo. Cuánto lo había echado de menos. Cuanto los había echado de menos.

—¿Qiang-san? —dijo Tomoko levantando su mano unos centímetros hacia él, sin tocarlo.

En ese momento, Qiang se exigió el último esfuerzo y dejó a Suyin de pie delante de Tomoko y Yun, frente a él. Tomoko puso una mano sobre el hombro de la niña.

Su familia lo miraba, expectante. Qiang se postró ante ellos, hasta que su frente tocó el suelo. En China, llamaban a Nihon el país de la sumisión. A él no se le ocurría otra forma de aparecer ante su mujer.

Solo entonces, masculló:

—Lo siento. Lo siento.

Nunca antes le habían importado nadie, nadie que no fuera él. Y ahora temía por su vida y por la de las personas que más quería.

Fin del capítulo.

¹. La Poesía que empieza este capítulo es de Eihei Dogen. Del libro Poesía Mística Zen. Miraguano Ediciones.